

to se inscribe de lleno en la realidad vital, existiendo cierto pudor —pudor intelectual— en su disección literaria. Por contra, desde Anouilh al más infimo teatro de boulevard, recogen, en sus distintos niveles, ese parloteo constante sobre la felicidad y la infelicidad de las parejas, entendiendo como el desarrollo de un tema antes que la expresión dramática de una experiencia. Lo que en España suele reservarse a las "revistas del corazón" es, en la cultura francesa, materia sin fronteras, que anima la mejor y la peor literatura.

A esa corriente, que aquí rozaron algunos de nuestros humoristas —Neville, por ejemplo, pero con el contrapeso del humor—, pertenecen, sin duda, las seis historias que forman "Como es... no es", variantes sobre un mismo tema. Un tema que, curiosamente —y esa es otra característica que separa nuestro "teatro del amor", mucho más realista, más sociológico, del francés—, aparece desprovisto de cualquier connotación individual, como si se tratara de un sentimiento igualmente vivido por no importa qué parejas en no importa qué circunstancias. El amor de la pareja sería sinónimo de felicidad y los seres humanos pasarían su tiempo preguntándose desesperados por qué se termina. La brillantísima y popular demolición que Bertolucci hizo en "El último tango en París" —la corrupción de la pareja que sólo vive para sí—, de esta vieja concepción no se acusa lo más mínimo.

De los ocho actores que intervienen en la obra, seis son españoles. Las otras dos, Charo Tijero y Raquel Velit, peruanas. Sin embargo, el "sello" lo ponen el director y el autor. Así que el espectáculo, ante una cámara negra —para respetar el decorado de "Las planchadoras"—, con trajes y cubos en blanco y negro, con entusiasmo y ensayos a sus espaldas, recoge ese "gran tono" con que París suele vestirse en Buenos Aires... ■ JOSE MONLEON.

ARTE

La galería Durban, como creo haber especificado aquí mismo más de una vez, es una sala más hispanoamericana que propiamente española, a pesar de estar instalada aquí mismo en Madrid —en la plaza de las Cortes, número 5—; es decir, prácticamente en un semisótano que queda en



la Carrera de San Jerónimo, frente al cine Palace. Más que americana, es una sala venezolana, ya que el matrimonio que la organiza y dirige —Pilar y Angel Rodríguez Valdés—, aunque españoles de nacimiento, son venezolanos de adopción —venezolanos "voluntarios"—, digo yo en estos casos, porque efectivamente siempre se trata de nacionalidades muy firmemente contradas. ¡Con decir que, incluso, advierto en ellos y en sus hijos una especie de "patriotismo venezolano"! Lo cual, digo de paso, a mí me parece muy bien, pues yo pienso que cuando el español se desplaza a la verdadera América, que es la nuestra, debe jugar muy limpio con aquella tierra.

Bueno, pues esa galería de venezolanidad, como casi todas las galerías de Madrid, tiene abierta una colectiva. Es una colectiva, claro, de venezolanos, y me alegro de que no sea más que de seis pintores, porque eso me permite verlos a cada uno de ellos, sin que el bosque de todos me tape a los árboles individuales.

Seis pintores venezolanos En la galería Durban. Madrid

Venezuela, la tierra que fue bien amada por los dioses a la

hora de distribuir los bienes petrolíferos del mundo, tampoco ha sido olvidada a la hora de cernir una cierta genialidad entre sus artistas. Por lo menos, entre sus pintores. En términos generales, y teniendo en cuenta factores muy elementales y primarios —número de pintores por kilómetro cuadrado, por ejemplo—, yo creo que la pintura venezolana está muy bien. No hay tantos pintores como en la Argentina, claro. Pero eso es muy difícil. La Argentina, calculo yo sin pararme demasiado, es el país con mayor densidad pictórica del mundo, como ya he dicho más de una vez, en esa "boutade" sistemática que a mí me gusta repetir: "La Argentina es el país que produce mayor número de pintores por kilómetro cuadrado". Lo que ocurre es que para la Argentina la producción pictórica es más fácil que, por ejemplo, para Venezuela. El gran país platense puede producir la pintura directamente. Quiero decir que una realidad pictórica argentina no tiene necesidad de pasar por la vida antes de convertirse en un cuadro. En Venezuela, eso no es posible. ¿Se me entenderá lo que quiero decir? En Venezuela —como en casi toda nuestra América— hay una ley de comunicación, mediante vasos comunicantes, entre la vida y su expresión pictórica, de manera que casi toda expresión

venezolana tiene algo como cierta exudación vital inevitable. La Argentina, país de magníficos artistas, las cosas como son, ha conseguido crear, como aquí en Europa, una naturaleza de la forma. Venezuela no ha podido, ni ha querido, pasar de la forma como naturaleza. Estoy pensando, cuando escribo estas palabras, en mi amigo Osvaldo Vargas, presente en esa exposición y que podía ser paradigma de lo que afirmo. Tras tantos años de vida en París, ese americano no ha podido desprenderse de su venezolanidad... ni falta que le hace. El caso de Hugo Baptista podría tenerse por el paradigma de todo lo contrario, y alguna vez, desde estas páginas he insinuado yo mismo algo parecido a eso. Pero no. Su cromatismo, de lejana estirpe impresionista, modifica la prioridad de la forma y mantiene en él una vinculación "naturista". Marcos Miliani, ya en otro orden de cosas, no puede dejar de ser un arquitecto ni siquiera cuando hace pintura. En su obra, la forma, como en los cubistas, con los que no tiene nada que ver, decide toda organización.

Lejos de los horizontes optativos que, positiva o negativamente, pueden mover las actitudes anteriores, lo que en Francisco Massiani se plantea ya no es un problema de naturaleza hecha forma o lo contrario: lo suyo es un problema de expresividad y aun de expresionismo inteligentemente planteado. Antonio Moya —español de Valencia— también está en otro problema: en el de "la pintura" desde la síntesis lineal de la forma descriptiva. Y Luisa Ritcher. Me dicen que ella ha representado a Venezuela en la última Bienal de... ¿de dónde, de Venecia o de San Pablo? Es igual. Pero su pintura está bien, muy bien. Ella tiene el sentido de dónde debe darle paso a la acción pictórica libre frente a la pura acción lineal o formal...

Pero esto no es más que un leve esmorso a algo de la pintura venezolana, que es mucho más amplia en todos los sentidos. Aunque, menos mal, que esa colectiva de Durban no ha querido pasar de los seis pintores. Porque así los he podido ver a todos. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.